

Un Pepito

Lo único que tenía en el estómago era un batido que me hice porque tuve la brillante idea de comprar una lechoza completa. Era lo que me quedaba desde el último mercado. No he podido ir de compras por los exámenes de trimestre. Llevo 2 días tratando de comerla mañana y noche y no se acaba nunca. Comprar fruta cuando vives en una residencia es lo peor. En especial una lechoza, que ocupa todo tu espacio en la nevera, huele a pupú de bebé y se daña tan pronto le pasas el cuchillo. Tenía ganas de comerme un pepito. Fue mi idea venir para Sorocaima porque estaba a una página de desmayarme y yo me quiero galla pero no muerta.

Había algo de venir para acá que me fascinaba. La idea que alguien me cocinara rápido me enamoraba. Me recordaba a casa, a mi madre y mi abuela. Ver a los gordos sentados en las sillas de plástico rezando a Dios que no se rompa y terminen rodando me recordaba a mi papá.

Nos bajamos sudando del Twingo sin aire acondicionado de la mamá de mi amigo Claudio. Aprecié el bingo hecho pedazos. Todo en esta ciudad parece estar cayéndose y uno solo quiere mantenerse en pie recibiendo la menor cantidad de coñazos posible. El puesto que más me gusta está justo enfrente de una entrada trancada con una cadena gigante con un candado del tamaño de un balón. El puesto es de Caraecrimen, pero no es un criminal. La gente dice que esa cicatriz se la hizo en un atraco que salió mal, pero es mentira. Lo mordió un perro en la cara. Lo sé porque yo tengo una mordida similar en una pierna. Tenía 11 años y estaba jugando con el perro de mi prima en la piscina de su casa. Se le cruzaron los cables y me mordió. Caí en la piscina y casi me ahogo. Pero me agarré del perro y al final terminó sacándome nadando del agua. Le dije a mi papá que fue mi culpa pero no me hizo caso. Meses después visitamos otra vez y me dijo que mi tío *lo regaló*. Seguramente se lo llevaron al monte con una escopeta y lo pusieron a dormir. No iba a dejar que pasara de nuevo. Mi padre era un hombre rudo, pero me trataba con cariño, como Caraecrimen. Me decía *mi bella*. Era dulce, como la salsa de maíz. Siempre he tenido debilidad por la gente que me cocina.

Había un televisor pequeño montado en una caja de hierro que pasaba un partido de pelota. Revisé si era el Magallanes para sentirme más cerca de casa que las 3 horas que está Valencia de Caracas. Eran los Tigres de Aragua y los Gloriosos Leones del Caracas, como les llamaba mamá para picar a papá.

"Qué quieres, menor?" le preguntó Caraecrimen a Claudio.

"Verga. Aún no lo sé."

Yo tampoco lo sabía. El menú me hizo reír como siempre, era una caricatura de un perro caliente con una gorra pintando palomas. Había cuanta permutación de carne uno pudiera imaginar y los precios estaban escritos en letra cursiva, la única que habrá aprendido

Caraecrimen en el colegio antes de dejar la ortografía de primaria para trabajar de cocinero, como me contó una vez que le dije que a mí me cansaba mucho cocinar. Él, un día a las 2 de la mañana, me dijo que cuando cocinas para sobrevivir siendo un *menorcito* se te da más fácil. Una vez tuvo que defenderse de 2 malandros con la espátula con la que voltea los huevos y las hamburguesas en la plancha. A según, los dejó "cagando en bolsa". Me sentí segura en una noche caraqueña que hay que tenerle mucho respeto.

Le había dicho a Claudio que pediría un pepito, pero viendo el tamaño de la pieza que le sirvieron a otro comensal que estaba en el puesto, dudé muchísimo si mejor no pedir par de perro calientes y seguir estudiando con energía. Nunca me había comido un pepito completo antes. Iba a sugerir compartirlo, pero Claudio no paraba de hablar de cómo quería comerse un buen *contodo*. Me pregunté *¿será que me pido un perro caliente y listo?* Una tos horrible me interrumpió. Un payaso le había puesto parmesano a su perro caliente porque de algo uno se tiene que morir, y qué mejor que aspirando queso. Comenzó a toser y esparcir queso sobre Claudio. Pensé que se iban dar unas manos pero la gente de Caracas no se pelea como en Valencia. Se quedaron viendo fijamente a los ojos tanto tiempo que pensé que se iban a dar unos besos. Al final apartaron las miradas y no hubo más acción.

Por absoluta casualidad sonó una sirena y se apareció una patrulla de la que se bajaron dos policías obesos que más que buscar delincuentes parecía que estaban buscando martillar la cena. Se llevaron a Claudio junto con todos los demás hombres de la cuadra, les pidieron las cédulas y los pusieron contra la pared para revisarlos. *No les va a pasar nada*, pensé. También había pensado lo mismo de mi padre cuando dos malandros lo abordaron saliendo de la casa con la camioneta para secuestrarlo. Mi papá forcejeó y a uno de los malandros se le escapó un tiro. Yo estaba viendo todo desde el balcón de la casa. Recuerdo a mi papá arrimarse a la pared y echarse al suelo como si le hubiera dado un calambre en la barriga. Le pegaron un cachazo, lo subieron a la camioneta y se lo llevaron. También recuerdo las botas de los malandros, eran policías. Se lo llevaron como él se llevó al perro de mi tío. Más nunca lo vi. Mi madre me dijo que habían dado con los delincuentes y los ajusticiaron. Según ella los persiguieron hasta un edificio en una urbanización donde iban a dar otro golpe. Se replegaron hasta la azotea y decidieron rendirse. Lanzaron sus armas por el bajante de la basura, pero a la policía le supo a mierda y los acribillaron en esa terraza. Luego los arrastraron hasta abajo. No le creí a mi madre, así que fui a un par de hemerotecas y descubrí que no fue justicia. Los de sucesos decían que fue un ajuste de

cuentas entre pandillas de policías. Eran una pandilla de policías secuestradores que ya llevaban varios golpes que no les salían del todo bien y fueron tan boletas que decidieron bajárselos. Si los mataron no fue por criminales sino por incompetentes. Los policías uniformados no servían para un carajo, pero cuando terminaba el turno era cuando de verdad tenías que tenerles miedo.

Luego de papá ya todo se fue a la mierda. Más nunca volví a asomarme por ese balcón. La casa la picamos por la mitad y mi mamá, abuela y yo nos mudamos a la planta baja para alquilar la parte de arriba. Y luego me vine a Caracas para ser ingeniera como mi padre, mi tío y mi prima. Llevo casi un año sin verlos, estudiar es lo único que me acerca a ellos y me aleja de todo lo demás. Llevo tanto tiempo estudiando que hay días que me duele el puente de la nariz de tanto tiempo que paso con los lentes puestos. Pero me gusta, lo único es que a veces se me olvida comer y termino cocinando muy cansada o comiendo una bala fría en la Proveduría Estudiantil. *Lo que no mata engorda*, decía mi abuela antes de servirme una segunda porción de tiramusú cuando comíamos juntos los domingos cuando era niña. *Si no engordo, me mato*, es lo que me digo cuando me clavo uno que otro pastelito de Cordon Bleu.

No sabía si de verdad quería un pepito pero igual lo pedí.

"Un pepito mixto, Caraecrimen. Por favor."

"Claro que sí, mi bella."

Sentí que capaz estaba cometiendo un error.

Claudio volvió cabizbajo de la redada. Comenzó a decirle a Caraecrimen qué ingredientes quería. Se lo vaciló con par de preguntas que Claudio no supo darle la vuelta para joderlo y quedó un poco ponchado. Le estaba poniendo de todo, luego arrugó con uno que otro ingrediente y amagó en decir si quería más o no.

"Laura, si quieres que preparen tu pepito primero."

"Coño, al fin, me muero de hambre," le dije.

Caraecrimen se arrechó y casi le lanza el perrocaliente a la basura. Claudio se arrepintió, pidió doble de todo y terminó con una bomba que el pobre no sabía ni cómo entrarle y terminó plantándole la cara con un gusto como si fuera una totona.

Caraecrimen soltó la espátula, agarró unos billetes y se lanzó con la panadería. Ya no había vuelta atrás para el pepito. Eran las dos de la tarde, capaz si me lo terminaba no iba a tener que

cenar y engrapar la comida con el desayuno de mañana en la universidad para así no tener que cocinar ni tener que gastar más dinero. La otra opción era seguir comiendo lechoza pero ni de vaina.

Decidí que quería un pepito. Quería ser la chama que pide un pepito, que se lo come, que queda satisfecha. La otra es no terminarlo, llevármelo envuelto en papel para la casa y comerlo frío. Bajarlo con lechoza tal vez. No. Eso no. También quería que el pepito me quitara el dolor de cabeza, pero estaba la posibilidad que tanta grasa me diera migraña. Vi a Caraecrimen volver envainando la canilla de pan a mano pelada como si fuera una cimitarra de trigo. Me iba a degollar si le decía que lo que quería ahora era un perro caliente y esnifar queso parmesano.

Esperé que me sirvieran mi pepito. Tenía carne, repollo, cebolla, huevo, aguacate, queso amarillo rayado. Tenía más salsa que la vida de Héctor Lavoe y estaba enrollado como un caramelo de colesterol en un plato plástico azul. Caraecrimen serruchó la pieza por la mitad y quedó una fachada que me trajo recuerdos de mi niñez haciendo maquetas del estrato del suelo para Educación para el Trabajo. Las múltiples capas de ingredientes se dibujaban como la corteza de la tierra. Pero había algo más, algo que me despertaba un cariño enorme hacia ese pepito. Había algo familiar en ese relleno.

Me hice una cola para no llenarme el cabello de tártara y grasa. Levanté el pepito y el perfil de los ingredientes que rebosaban el pan parecían el paisaje de mi ventana. Acerqué las dos mitades y noté que el borde del pan era una línea como la de aquel cortafuegos arriba de la Cota Mil, las papas y el repollo se amontañaban dándole forma a la subida que arranca de Altamira llamada Sabas Nieves y el huevo formaba el banquito de No Te Apures. Arriba de todo el aguacate dibujaba a contraluz el perfil del Pico Oriental, Naiguatá y el Pico El Ávila. Le hincó el diente. Mi sueño por muchos años fue vivir frente a esta montaña, hoy me la estaba comiendo. Tal vez algún día la extrañe como extraño a mi padre o a mis abuelos. Tendría una foto de ella en la sala de mi casa como si fuera un familiar más que poco a poco se va haciendo polvo pero recordado con toda grandeza. Pero ahora la montaña estaría en mi estómago hasta la mañana siguiente.

Cada mordisco sabía diferente. Unos mejores que los otros. Unos más duros, y unos más salados. No sabía si estaba comiendo pollo o guacamaya. Cada bocado me recordaba por qué

estaba aquí, qué quería y que tenía el hambre de lograrlo. Comí sin pausa, bajé el sabor de la salsa con una malta y eructé hacia dentro. Me lamí los labios y puse mi mano en la parte alta de mi estómago. Había crecido una pequeña pancita, jugué con la idea de ser madre y conseguirle un padre bueno a Santiago. Claro que se iba a llamar Santiago, por Santiago de León de Caracas, el hospital donde nació mi madre y el colegio donde quisiera que estudiara. Los chamos que salen de ahí son altos y patanes, pero sobre todo parece que las cosas les salen bien, como a Claudio. Y también es un buen nombre.

"Verga, mi bella, Cómete algo" me dijo Caracrimen.

Mis manos estaban ensangrentadas con ketchup, huevo, aguacate, maíz, tártara, soya y cuanto óleo hubiera dibujado ese pepito. Las servilletas limpiaban el color, pero no el olor o el sabor. Sabía que las manos me quedarían oliendo a comida hasta bañarme. Y si el calor seguía, iba a sudar un aroma de mostaza.

"Quedaste full ¿No?" preguntó Caracrimen.

Pero si algo tenía claro es que yo aún quería más.

Nos despedimos y volvimos al Twingo. Me quedé mirando a Claudio un buen rato mientras sacaba el trancapalanca y conectaba su discman al equipo de sonido del carro.

"¿Qué tal comiste?" le pregunté.

"Bien, pero no quedé lleno."

"Yo tampoco."

Cruzamos miradas y no aparté mis ojos de él.

Cristian E. Caroli